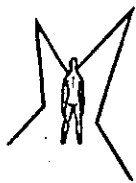


# Apertura de Curso en el Hernando Colón



El día 12 de noviembre pasado se celebró el acto de apertura de nuestro colegio, en el salón de actos del mismo. Además de varios catedráticos y profesores, así como estudiantes no residentes, llenaron el salón de actos numerosos residentes del colegio.

Presidió el acto el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. don Tomás Marín Martínez, acompañándolo nuestro director, Dr. don Francisco Morales Padrón, catedrático de la misma Facultad, y el catedrático de Patología Quirúrgica de la Facultad de Medicina, Dr. don Sebastián García Díaz.

Tomó la palabra inicialmente nuestro director. Se refirió a los dieciséis años de historia con que cuenta nuestro colegio, durante los cuales han pasado por él cerca de dos mil estudiantes. "Todos ellos —dijo el profesor Morales Padrón— guardan gratos recuerdos de su estancia aquí". Evocó al fundador y antiguo director del colegio: el profesor don Juan Manzano y Manzano. Expresó que la misión fundamental de los colegios mayores es la formación humana, la convivencia y el fomento de nobles inquietudes.

Dirigiéndose especialmente a los alumnos de primeros cursos de Facultad, se refirió al estudio en este campo universitario, nuevo para ellos. Al concluir sus palabras, recibió el aplauso de todos los presentes.

Seguidamente tomó la palabra nuestro compañero don Francisco del Río, estudiante de 5.º Curso de la Facultad de Derecho. Habló principalmente de la idea de la Universidad, siendo sus palabras orientadoras para aquellos estudiantes recién incorporados a la vida universitaria. Dedicó él también un recuerdo caluroso al profesor Manzano. Una vez terminadas sus palabras, recibió el aplauso del público.

Dio entonces comienzo a su conferencia don Sebastián García Díaz. El tema: "Hacia una caracterización del hombre moderno". "La vida humana, proyectiva, tiene que hacerse tratando siempre de hallar un equilibrio entre los múltiples binomios

que se presentan continuamente", expresó el profesor García Díaz.

Se refirió en su conferencia a los tres grandes binomios que se han presentado en diversos períodos históricos: civilización-cultura, materia-espíritu, y autenticidad (o verdad personal)-verdad objetiva. El pueblo israelita fue intensamente espiritualista, y en una época de arreligiosidad y politeísmo. Los israelitas eran capaces de ofender sus vidas no sólo por la verdad, sino también por defender los matices de ésta. Su arte era de poca importancia.

Egipto era lo contrario, pues era un pueblo materialista, manifestándolo así en su arte. Se preocupaba por la duración del cuerpo, y por ello construyó las pirámides. La pintura y la escultura eran antropomórficas.

En la Edad Media se alcanzó el gran equilibrio al encuadrarse a la materia en el espíritu. La materia era portadora de un mensaje espiritual.

Nuestra época es una de desequilibrio. Se ha producido un gran impulso en la civilización, desequilibrándose con lo cultural. Hoy vemos países con modernos medios de confort, pero con un nivel cultural desproporcionado. Como resultado nos encontramos con el salvajismo y la revolución incontrolable.

Hoy se buscan los puntos medios: lo gris, lo tibio, lo neutral. Hoy se atropella la libertad personal en nombre de unas míticas libertades colectivas. El hombre tecnificado de hoy busca la seguridad que le falta. De toda esta estructura nace la mediocridad.

Pero a su vez, no todo lo que a nosotros se nos presenta es insano. "La mirada al futuro debe ser una de esperanza —dijo el Dr. García Díaz— porque, como dijo Eugenio d'Ors, todo pasa, todo prescribe; pero sólo una cosa te será contada y es tu obra bien hecha".

Y una cerrada ovación acogió las últimas palabras de esta brillante conferencia ofrecida por el profesor don Sebastián García Díaz en nuestro acto de apertura.

## MEMORIA DEL REINO DE CERDEÑA

Uno de los olvidos seculares de nuestra cultura oficial es la memoria del Reino de Cerdeña entre nosotros. Desde que los cuervos europeos se repartieron en Utrecht la túnica gentil de las Españas, hemos vuelto las espaldas a Cerdeña en un abandono que no sé si calificar de criminal o de estúpido. En el reniego de nuestro ayer que, por encima de las mentirosas alharacas oficiales, preside nuestro quehacer político desde la infausta intrusión de los Borbones franceses en 1700, Cerdeña ha sido una entre las víctimas más tristemente sacrificadas a la voracidad de la barbarie política europea.

Probablemente será inútil esta llamada a la responsabilidad histórica española y, si fuere leído por alguno, parecerá nostalgia absurda de ridículas añoranzas, y no lo que es: la angustia de un español que siente en la carne del espíritu el dolor del abandono incalificable. Por lo demás es una referencia meramente cultural, sin quimeras políticas, que por desgracia no torna aguas arriba el río incontenible de la historia; y aunque esta referencia quede en las páginas de una revista estudiantil que posiblemente alcance difusión breve y menor vida, pareceme lugar apropiado porque es la juventud, si es de verdad esperanzas de mañanas



mejores, la destinada a escuchar la voz de tantos muertos injustamente enterrados en la más afrentosa de las tumbas: en la fosa tremenda del olvido. Si ni siquiera la juventud calibra la amargura del abandono histórico de la españolísima Cerdeña, querrá decir que, igual que los presentes e igual que los llamados españoles de los dos últimos siglos y medio, comulga también en la decadencia espiritual que es el auténtico azote de nuestras gentes disminuidas. Si despertara la atención, la simple atención desnuda de un pecho español hidalgo, mi pena sería más llevadera; si suscitase el afán de información y llegara a cuajar en empeños de estudio, está mi biblioteca sarda a disposición de quien español se sienta e, independientemente de mis obligaciones universitarias, quien firma está dispuesto a sacar tiempos de donde fuere para suplir en el estudio conjunto que es un seminario de trabajo la pobre desidia de este olvido ya casi tres veces secular.

Para saldar nuestra deuda histórica sería de desear la creación de cátedras de historia o de cultura sarda por lo menos en las tres universidades del antiguo Reino de Aragón; la fundación de cátedras de cultura española en Cállez y en Sácer, las dos universidades que los Reyes de las Españas fundaron en la isla de Cerdeña; la ordenación dentro del Consejo de Investigaciones Científicas, de un Instituto de estudios sardos; dotar becas de intercambio... Con un canto en los dientes podría darse quien firma si alguien entre nosotros en 1964 ardiese en la llama de españolía que encienden las líneas del presente artículo.

Porque la verdad histórica ha sido o enterrada o calumniada. Pocos saben entre nuestros estudiantes cómo el Reino de Cerdeña fue el cuarto de los que integraban la Corona de Aragón, en paridad con los de Aragón y de Valencia y con el Principado de Cataluña. Muchos más ignoran que en los cuatro siglos que corren del XIV al XVIII la cultura sarda fue puramente sarda por entrañablemente española, sin mezclas del mínimo elemento itálico, expuesta en las lenguas sarda, catalana o castellana; porque un solo escritor entre tantos centenares escribió en toscano, Pedro Delitala, al editar en 1596 sus *Rime diverse*, y ello porque las redactó en la península itálica forajido a causa de amorosas aventuras, y aun disculpándose en el prólogo de escribir en la italiana lengua extranjera en Cerdeña, por él mismo definida en su disculpa "lengua veramente molto aliena da noi". Como pocos conocerán que fue un sardo, Pedro Frasso Pilo, fiscal en Guatemala y oidor en Quito, quien en su *De regio patronato* alzó en 1677 y 1679 los dos tomos de la columna vertebral de nuestra ciencia canónica indiana. Como no suele saberse que los cuatrocientos sardos del tercio de don Lope de Figueroa llevaron el peso de la batalla de Lepanto y que fue un caballero sardo, Leonardo de Tola, supremo paladín en la reconquista de Granada... Porque en el informe a Felipe III del visitador Martín Carrillo en 1611 "son los de la Isla de Sardenia tan obedientes y fieles vasallos a V. M. quanto ninguno otros, y assí con mucha razón se haze con-

fianza dellos para las fortalezas, castillos y presidios, cuyos soldados y guardas son naturales".

No tienen cabida en nuestras historias literarias Antonio Lo Frasso, elogiado por Miguel de Cervantes; ni Jerónimo Araola, gentil poeta en las tres lenguas del Reino; ni el quevedesco perfecto José Delitala; ni el magno novelista José Zorrilla, ni tantos otros príncipes de la literatura del idioma castellano. No entran en nuestra historia jurídica ni Joan Dexart ni Pedro Quesada Pilo. Ni cuentan en la historia del pensamiento hispano Antonio Canales de Vega, Efsio José de Soto Real, Jorge Aleo ni el supremo teórico imperial de las Españas que fue Francisco de Vico, ni el afán de libertad típico de las Españas verdaderas que encarnó en el ocaso de inicios del XVIII Juan Pilo Frasso. Es una cultura barrida de nuestros estudios por gracia de decadente necesidad.

Y eso que los sardos llamaron por liberador a Jaime II, mientras abandonaron la confederación hispánica a la fuerza por imposición europea de los cañones de la escuadra del almirante inglés Byng, restando tan españoles que los piemonteses hubieron de mantener durante todo el siglo XVIII tropas de ocupación, siendo así que en días hispanos la isla tuvo por único presidio la lealtad a sus reyes, reyes españoles. Para arrancar al pueblo sardo su rotunda españolía impusieron el absolutismo y no convocaron las cortes decenales que hasta 1898 venían congregándose para garantías de las libertades forales sardas, por miedo a que en ellas apareciese inevitablemente la petición del retorno a las Españas. Dícelo así el propio virrey Barón de Saint-Rémy, escribiendo a la corte de Turín el 22 de julio de 1720. En castellano fueron publicados los edictos, hasta que el 25 de julio de 1760, con incumplimiento además del artículo 10 del tratado de Utrecht y entre la indiferencia criminal del funesto Carlos III, quedó prohibido bajo pena de severísimos castigos el empleo del idioma de Castilla.

Resistió el pueblo abandonado lo que pudo la larga agonía de la italianización violenta. En enero de 1793 lo que reclaman los sardos es volver a ser gobernados tal como eran gobernados en tiempos españoles, no como los oprimía la barbarie italianizante piemontesa. En 1823 gentes sencillas amenazaban aún a Alberto La Mármora con quejarse a la corte de Madrid. En 1836 redactábanse testamentos en castellano. En 1843 el superitalianizado Giovanni Siotto Pintor deberá reconocer que al pueblo sardo "grato giungeva il nome degli spagnuoli e che l'opinione del buon governo di essi essencitati dura"...

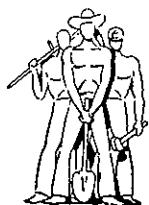
Pero la prensa española de hoy nos habla de Cagliari, no de Cállez, cuando por casualidad recoge noticias sardas. El aparato oficial de propaganda hace lo mismo, faltando a la más elemental españolía. Nadie se acuerda de aquel pedazo de historia nuestra que está escrito en la isla de Cerdeña, Reino aparte en la medida en que fue españolísimo. Es un abandono triste y trágico el que quise recordar en este artículo, posiblemente sin resultado alguno. ¡Hay tanto afán por europeizarse,

tanta sed de estar al día modernista, que bien pueden seguir en el olvido las entrañas españolas del viejo Reino de Cerdeña! A lo que parece son cosas más importantes lograr la licencia de importación o la universidad del grupito o el enchufito que calienta ánimos. Los españoles de 1965 no se acuer-

dan de Cerdeña quizás porque no son dignos de acordarse de tanta grandeza malbatarada entre insensateces y apetitos.

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA  
Catedrático de Filosofía del Derecho

# B R A S I L I A



El traslado del Gobierno brasileño, el 21 de abril de 1960, a Brasilia, siendo a la sazón Juscelino Kubitschek presidente del mismo, marca época en la historia del pueblo carioca.

Mucho y muy diversamente se ha hablado de la revolucionaria capital, de su extraordinaria situación, de la rapidez con que ha sido construida. Brasilia es hoy, para el mundo entero, una obra ciclópea cuyo costo quizás sea prohibitivo para una nación como la brasileña.

El que se haya emprendido esta fábrica tan costosa en una época tan agitada política y económicamente para Sudamérica, lo explica Kubitschek diciendo: "Desde 1891 se acordó la creación de una nueva capital para el Brasil. Estamos en 1958 y aún se dice que no es el momento. ¿Cuándo es un buen momento para trasladar una capital?"

Desde el punto de vista político, la creación de Brasilia tiene razones que la justifican: una de ellas es la posición estratégica, ya que está situada en el centro del país, inmersa por completo en la altiplanicie del Matto Grosso. Esta localización de la nueva capital obliga al pueblo brasileño a emigrar hacia el interior, aprovechando riquezas y posibilidades del país que antes no tenían explotación industrial. Por otra parte, está cerca de la carretera transcontinental, que une Belén, en el extremo norte de la nación, con el Sur. Esta carretera está destinada a ser la columna vertebral del nuevo Brasil y es conveniente que la capital del futuro esté cerca del eje que abre casi dos millones de millas cuadradas de tierra virgen a los ímpetus colonizadores de los brasileños.

Todavía las comunicaciones terrestres son deficientes, y sólo por aire y radio se establece relación con el exterior, con carácter internacional. Existe una considerable afluencia turística, debido al clima propicio.

